



# INTERVALOS

L E O N A R D O   S O S A

# Intervalos

de Leonardo Sosa

Versión 2022

Si tenés la posibilidad de llevar el libro a un lugar silencioso, hacelo, es el tipo de libro que alcanza su potencial en privacidad y calma, desnudando la intimidad de sus páginas. Si no tenés esa posibilidad cerrá los ojos por cada historia, relaja los sentidos en cada intervalo y disfruta del silencio cuando el aire sople con sosiego tu imaginación.

Capítulo uno: Postales de agua

Primer Intervalo: Movimientos, gestos y demás características al volver a casa

Capítulo dos: El bosque donde no funciona el reloj

Segundo Intervalo: La continuidad de tus gestos y su armónica naturalidad

Capítulo tres: Las montañas

Tercer Intervalo: Cocina, amor y otras recetas

Capítulo cuatro: La misma mañana

Cuarto Intervalo: Retazos de vos y una canción

Agradecimientos

## Capítulo uno: Postales de agua

Brisa suave y fresca preludia las postales de agua, espacio donde hay meditaciones y formas íntimas de momentos. Lugar en el que descanso el alma, sitio donde no estoy ausente.

Bellas orquídeas limitan el último tramo de una senda, a lo lejos se ve la superficie del agua, parece inmóvil, como una fotografía de un calendario de otra época.

Bajo por el último médano, paladea mi rostro el suave aire. También, como invasivo incienso, hay un aroma de cariño esparcido en el paisaje, viste de colores mi imaginación y a cada pestañeo se dibuja en mi retina el afecto y los recuerdos. Hasta darme cuenta de que no es el tiempo el que trae los pensamientos a mi conciencia, es la mente al pensar el recuerdo y el deseo inmensurable de mantenerlo en la memoria.

Al sentarme en la orilla me descalzo los zapatos, cae la arena redúndate sobre la arena, cruzo las piernas, la calmada aura estabiliza la sangre revuelta de mis venas y la sensación de quedarme sin nada si no atrapo un recuerdo tuyo en mi mente se suaviza. Cierro los ojos, lo que pasaba hace diez años cuando te conocí se materializa, es todo tan bonito quizás similar a cuando abra de vuelta los ojos y contemple el horizonte hasta donde la vista llegue, el eco de cuando nos juntábamos bajo el árbol en la plaza me llama, iluminan la mente estás palabras, y escribo como nadie te escribió, es de lo poco de lo que puedo estar seguro, la tarde que nos conocimos me dijiste: “me llamo Valentina”, y yo creí escuchar que me contabas que vivías en la calle del sosiego, ¿En qué otro lugar podía ser?

Abro los ojos, ahí es cuando la vida de esa orilla me sorprende, la marea subió casi hasta acariciar mis pies, pienso: «quizás me quiere despertar trayéndome al presente». Me

acomodó unos metros más atrás, vuelven a caer los parpados, evoco tu resplandor, vuelvo a darle sentido al tiempo al hacerlo, queriendo que algo de vos se manifieste. Hay bosquejos de hermosas imágenes, entre risas, nosotros. Es claro que te extraño, todavía necesito respirarte porque la continuidad fue asfixiante; y estoy lejos de vos, tan lejos que la distancia quedo pequeña ante el tic tac mental, estoy a la orilla de un mar que refleja los destellos de mi alma, vaciándome en la incongruencia de estar solo, mientras el olvido crece sin poder detenerse y trata de ahogar el arte profundo del lirismo de tu espíritu, atraviesa los años mudos hasta el estremecer de mis ojos, parece inevitable.

Sincerándome, confieso que acá vengo a pensarte no a olvidarte, poética y musical te recuerdo, de cabello habitualmente revuelto que acentúa los rasgos de tus ojos soñadores y tu simpatía natural. Me sujeto a la belleza mientras medito e inmerso en una atenta relajación no me doy cuenta de que el agua me alcanzó, mojando mis pantalones arremangados, y continúo sumergido en mi mente, tu poesía penetra hondamente en mí, decían tantas cosas bonitas tus labios, las atesore, no solo a tus besos enamorados también a los secretos que susurraban: “quiero estar con vos toda mi vida”.

Ahora una melancólica cortina de nubes sombrea la orilla, después, caen gotas espesas de fría llovizna, me gusta tanto la sensación que en plena paz mental parecen caricias, abren mis ojos, me siento renovado, ¿acaso vivir siempre ha sido renovarse? Y vivo, soy una persona que ama con causa, enamoradísimo de nuestro pasado. Existe un placer tranquilo en ello, que con sutileza me contenta, como cuando la lluvia cae en el mar.

Consciente de que hubo tantos días lluviosos en que cerré el paraguas, lo aventé lejos solo para sentir que estaba vivo y ahora es tan distinto, no solo late el corazón porque es meramente lo que suele hacer, ahora, puedo convivir con la más triste nostalgia porque maduraron los pensamientos al punto de saber cómo ubicarlos positivamente en mis

horas. Ahora sé que soy la vida de tus fragmentos que recuerdo, te transformaste en parte de mí. Te reinvento conmigo a donde estoy, a donde voy, con quien estoy. A cada paso torpe que doy estás a mi lado.

Vos te fuiste temprano, enfermaste abruptamente, siempre pienso en todo lo que podía haber hecho antes de que te vayas, ayer lo hacía, mientras subía las escaleras al departamento, pensaba en el libro que querías leer y no llegue a comprarte, sintetizando en esa pequeñez todo lo inmenso que nos quedó por hacer. Fue preciso salir del castigo de la ausencia, de los días iguales a los siguientes días que alcanzan la sombra del siguiente, fue necesario.

Y vuelvo a repetir que te extraño y quiero regresar los años, quiero saltarme toda esa desgracia, la semana en la que no tuve palabras cuando el doctor dijo que había que esperar lo peor, quiero volver a encontrarnos bajo aquel árbol en la plaza. Palpita en mi interior tu voz y la congoja con ella. Busco la profundidad de tus formas, la conciencia de tu mente con alas, una iniciativa, un sentido a todo esto, aunque no siempre lo vea claro mi vida continua.

A veces la regresión no cesa, cada canción que escucho se trasmuta en nuestra historia de amor y el capítulo del libro que voy leyendo parece describir el paisaje del prado y la colina donde me contaste que eras feliz conmigo, pero creo que la vida inventa todo, incluso no concebir nada, incluso darle sonidos al silencio y no pronunciar palabras y decirlo todo, y vivir, aunque me sienta solo desde que partiste, y contemplar la lluvia caer en el mar y conjurase.

¿Alguna vez lo que fue deja de ser lo que ha sido? Pienso que no, que siempre es, aunque no esté lo que ha sido, es.

La llovizna hace una pausa y comienza de nuevo fuerte a transformarse en una pseudo tormenta. Al cabo de unos minutos se va despacio, al compás preciso en un tono menor.

1

Llegué sumamente borracho a casa, traté de no hacer ruido.

—¿Dónde estabas? —preguntaste preocupada.

De inmediato me desmoroné en el piso, y lloré.

Te sentaste, enfrentándome, sobre esas baldosas horribles que tiene el piso del pasillo.

—No me dejes —te dije entre sollozos, como si vos quisieras hacerlo.

Me sentí de lo peor. No era por estar borracho frente a vos por primera vez, ni que al salir del trabajo fui a un bar porque tenía la necesidad de soportar de alguna manera la realidad, era por preferir no estar con vos en ese momento mientras bebía una tras otra botella.

Me tomaste las manos, y más cómplice que pareja tu voz fue clara:

—No estás bien, vamos a la cama.

Es probable que la manera de entender el pensamiento más íntimo de una persona sea cuando sabes lo que dice al callarlo, no te merecías tanta estupidez de mi parte.



A la mañana siguiente me levante con un dolor de cabeza insoportable. Me bañe mientras dormías, con agua fría, como si fuera el remedio para palear la jaqueca, poco funciono.

Después de vestirme, cuando te vi dar vueltas y vueltas en la cama, prólogo de tu despertar, empecé a preparar el desayuno.

—Te pido disculpas por lo de ayer —fue lo único que se me ocurrió decirte, me sentía avergonzado como nunca en mi vida me había pasado, sentí que te había decepcionado, vos no te merecías eso.

—No tenés que disculparte a todos nos supera lo que sucede —le restaste importancia.

Nunca supe como tenías tanta paz en esos momentos, te mostrabas empática con todos, y yo odiaba la vida por ser tan injusta.

—La vida es profunda, es más de lo que sucede cuando uno parte. Incluso cuando no esté, cuando veas todo oscuro vas a descubrir y a encontrar belleza.

Solo quería estar ahí, y mirar tus ojos, y escucharte. En voz baja había una música en mi mente, y de las notas que tocabas con tu alma aprendía. Vos eras la que me preparabas a mí para lo que iba a venir y parece irónico que te la pasabas hablando de lo lindo que era vivir, pero no tenía nada de ironía. Yo llevaba tiempo buscando el coraje para pensar una vida después de vos, y vos me la enseñabas.

Esa tarde te invité a ir a la plaza donde nos juntábamos cuando éramos novios, en donde el punto de encuentro era un árbol centenario de la familia de los ombús, te propuse hacer

un picnic bajo su sombra, como en los viejos tiempos, a vos te encanto el plan y contenta quisiste ir, hasta te probaste un vestido con sandalias, pero te sentías débil, tuviste fiebre y pasaste en el baño vomitando, hasta que, al caer la noche, por suerte, te sentiste un poco mejor.

Y al acostarnos, muy seria, me hiciste jurar que esparza tus cenizas en la naturaleza, en el agua, que es donde voy a pensar, también en el bosque y las montañas.

#### Primer Intervalo: Movimientos, gestos y demás características al volver a casa

Los pliegues del jean elastizado manifiestan un movimiento mayestático al caminar iluminando los muslos y los ángulos fascinadores de la cola, creando un arte encantado, mágico.

Guarda una combinación de fotografías ese instante, trasiego visual.

La tersa piel clara, salpicada con lunares que una vez mientras desnuda dormías los conté y las pequitas estratégicamente situadas entre los parpados y las rosadas mejillas, combinan con la blusa que vestís.

Irradías un despliegue creativo al verte llegar a la sala de arribos, traes una mochila al hombro y un bolso ligero en la mano. Te quedas por pocos días.

Admiro tu sonrisa al verme, la senda al alma parece estar en tus gestos, lo componen aquel levantar de ojos que se posa en mi rostro; tu mirar tímido quiere ver en mí lo que nunca vio: un amor cierto, que no tenga incisos, ni letra chica, que sea un amor verdadero.

El pelo lo llevas libre, como mil veces te dije que me gusta, es tan libre que es rebelde y hace mucho se independizó del liso, al declararle la guerra a su eterno enemigo el peine, lo acomodas con naturalidad tras los hombros al agitar la cabeza.

Estamos a unos metros de volver a encontrarnos, entonces fruncís la pequeña nariz al sonreír con calidez, es sinceridad y apuras el paso. Pienso que si alguien pudiera ver esa expresión sabría que estás enamorada, sugiero que te mires al espejo si lees esto. Y nos abrazamos, nos dimos un beso y quemamos los relojes, ardieron los almanaques, detuvimos al tiempo, etcétera. Solo está en el aire tu perfume que se coló en otro tiempo paralelo. Fragancia a bosques de mañanas de rocío, a natural.

Tus labios serenos, sin pintar y modestas pausadas palabras, de voz a sabor dulce me dicen: “te extrañé”. Lanzas al viento una canción que lleva un significado puro, es grato, me contás que el viaje estuvo bien, las pestañas de tantas danzarinas lágrimas, al rayo del sol hacen brillar tus ojos marrones. Los movimientos faciales de los ojos tornasolados me dicen cuanto necesitabas de este momento, me dan esperanzas, me decís que te deje de mirar fijamente, al parecer te dio vergüenza mi profundidad, te sonrojas, pero me querés dar un beso y lo haces, estás contenta, volvés a casa.

## Capítulo dos: El bosque donde no funciona el reloj

Píe un pájaro amarronado y se va, en los cielos celestes se pierde de la vista, en tanto una rama de amarillas hojas cae en una alfombra de follaje verde, no hay tiempo de aburrirse

con tantos colores, tan distinto al gris de la ciudad, a las flores artificiales que tengo en el departamento, a la pintura sintética blanca de sus paredes.

Acá hay vida, no solo se respira podés ser parte, ¿Por qué no vengo a vivir acá? Claro quizás porque no hay señal de wifi, ni un supermercado a la vuelta. Tampoco hay vecinos indiferentes a una pared de distancia, ni tránsito tumultuoso de vehículos y peatones, ruidosos y apurados, ¡tengo que venir a vivir acá!

En la ciudad uno a menudo se siente que se queda sin tiempo y se encierra en su cuerpo, sin ver más allá. Acá no hay relojes, en consecuencia, todo puede volver si lo creamos nosotros, y yo que hasta invento voces que preguntan cómo lo hacías vos, mientras admiro los tallos que no se torcieron frente al viento, cómplice de mi memoria, en un, dos, tres, recreo:

Anoche, muy tarde, en el barrio de Flores, donde vivimos por dos años, fuerte sonaban nuestras carcajadas, y salíamos a caminar. Vamos a tomar un helado decías, decía.

Y al momento en que me hablas, de seguro creías que estaba pensando en otra cosa, lo parecía muchas veces, se me olvido contártelo, no era así: siempre pensaba en vos.

En ese recuerdo no hay distancias, supongo que en ningún recuerdo la hay, tampoco existe un espacio entre nosotros, lo borra la imaginación.

—¿Vamos a volver a vernos, en el mismo árbol? ¿A la misma hora? —me preguntas, y te contesto que si, como cuando te esperaba después de ese viaje de diez horas, en Nazca y Rivadavia.

—Pero, ¿cómo?

—Quizás tenga que volver a este bosque, y dejar de observar relojes obsoletos de días marcados en el cuerpo, en las arrugas, en mi cabello.

## Segundo Intervalo: La continuidad de tus gestos y su armónica naturalidad

Frente a frente, tu rostro y el mío, mirándonos a los ojos, abstraídos del tiempo, perdidos en esa mirada. Los cuerpos desnudos bajo las sábanas se entrelazan, se rozan, se sienten. Acomodo tras tu oreja un mechón de pelo rebelde. Hay una mueca en tus labios, una leve sonrisa, con ella un hoyuelo en la colorada mejilla; y me hablas con voz de secreto, como si alguien escuchara todo lo importante que nos tenemos que decir.

—Nunca olvides que te amo —me decís. Y pensás y querés que ese momento dure para siempre.

Pienso lo mismo, ¿eso es química? En tanto te acaricio el pelo y te contesto apoyando la palma de la mano sobre tu pecho:

—Acá es el lugar donde nuestro amor nunca lo vamos a olvidar, en el corazón.

Haces un gesto, en el que al mismo tiempo brillan tus ojos, se frunce tu naricita y te sonrojas, con intervalos de tres segundos cerras los ojos y sonreís, trasmutando lo que estás sintiendo a algún lugar de tu alma, estás enamorada.

Claro que te doy un beso en la frente, conozco lo mucho que te gustan, después chocan torpemente nuestras narices y los labios se buscan recreando un beso lleno de pasión.

Volvés a sonreír y mientras me besas querés decirme algo al mismo tiempo. Cortas el beso. Me miras con los ojos grandes, y compartís con emoción lo que venís pensando:

—¿Si podés elegir un recuerdo para nunca olvidarlo cuál sería?

La pregunta me saca de eje, hay enjambre de ideas en mi cabeza, en todos estás compartiendo ese momento conmigo. Lo pienso y te contesto.

—Me quedo con un gesto que haces, en el que al mismo tiempo brillan tus ojos, se frunce tu naricita y te sonrojas, porque sé lo que eso significa.

### Capítulo tres: Las montañas

El viento se arremolina al acercarme al vértice, chocan en la ladera sur dos corrientes de aire, el enrarecimiento de los cielos vaga por donde estoy escalando.

Había hecho un curso de alpinismo y practicado mucho en “in door”, pero no era suficiente. Charly mi instructor me motiva, grita: “hacelo por ella”, y pese a ser una frase hecha es certera, es lo que me da fuerza a superar todas las montañas, las imaginarias que dan vértigo y son inmensas y está, tan real que irreal se engancha a las nubes.

Faltan los últimos veinte metros de tres mil quinientos, la parte más difícil, la más empinada. Desde abajo uno cree que va a ser fácil, pero puedo dar fe que hay que entrenar mucho y prepararse más. Las manos están frías y los pulmones necesitan oxígeno extra, pero nunca, por más maldita maldición que me hayan echado cuando enfermaste, me voy a rendir.

Vengo a esparcir en la cumbre de la montaña tus cenizas, así te lo había jurado mirándote a los ojos; esparcirlas en el agua y el bosque fue sencillo, no emocionalmente, por ese lado claro que no. Pero si hubieses sido más clara con lo de esparcirlo en las montañas. ¿Qué quisiste decir? ¿¡Cómo!? Esparcirlos desde arriba hacia abajo, esparcirlo donde nace la montaña, ¿en sus ríos? Lo interpreté a mi manera y lo estaba padeciendo.

El sol más pleno sobre mi rostro era la señal de que habíamos llegado a la cima, primero hubo un fuerte abrazo con Charly, un desahogo, una vista impresionante: dos ríos que embellecían las faldas; al pie, los campos de cultivo y a lo lejos un pequeño diorama del pueblo, después, un aprendizaje, no por haber llegado hasta la cima, sino por el camino recorrido para lograrlo.

### Intervalo tres: Cocina, amor y otras recetas

Recuerdo que usabas un delantal estampado con imágenes de frutas y vegetales, recuerdo que con una habilidad que siempre me asombro te atabas el pelo e inventabas en el aire una especie de rodete, para que los claros mechones rebeldes no caigan sobre tu cara. Recuerdo que estábamos preparando la comida del almuerzo, íbamos a hacer varias pizzas, en un rato, los invitados llegarían.

Revolvías una cuchara de madera en una vieja cacerola, preparabas esa salsa de tomates, agridulce, que tanto trato de imitarla y al probarla no se parece, así me pasa con todo, nada tiene el mismo sabor desde que no estas; y estoy cada vez más convencido que el ingrediente secreto era agregarle una pizca de vos (de tu alquimia) a lo que hacías, por eso es que todo era rico, único y armonioso. Incluso el sol de la mañana que entraba por la ventana era distinto ¿será porque sonreías al despertarte?

Mientras, a mí me tocaba preparar la masa, llenarme de harina las manos, agregar una medida de agua tibia y un poco de sal, no mucho más. Vos, compañera, con esa capacidad de transformar simples momentos en profundos debates filosóficos, me conversabas, hablabas sobre una película que viste: “El hilo rojo”, claro que la relacionabas con nosotros, siempre pensaste que nuestro destino estaba entrelazado desde antes de conocernos, si supieras que mi psicóloga insiste en las sesiones que tire a la basura las cosas que me recuerdan a vos, hasta me sugiere mudarme, quizás le tendría que contar sobre la película, o hablarle de la proximidad a pesar de las distancias, para que deje de insistir con eso de romper el hilo.

No es fácil a veces convivir con los recuerdos, solo imaginarnos bailando en la cocina, vos; llena de harina, espolvoreada en la nariz, iluminando la vida con carcajadas y en un pestañeo una soledad que no controlo, que invade cada habitación de la casa, en especial la muda cocina y cada momento, pero tal vez vos tenías razón y hay un hilo invisible a pesar de las distancias, ¿entonces como cortarlo si no se ve? Supongo que no tiene que ser cortado, también supongo que cambiaré mi terapia por un curso de cocina.



#### Capítulo cuatro: La misma mañana

En el verano del 2015 alquilamos una casita con vista al mar para pasar unos días lejos de todo, de todos, vos me pediste que vayamos a un lugar tranquilo, en el medio de la nada. En principio me pareció arriesgado, la enfermedad había avanzado, ya pasabas mucho tiempo en la cama y compramos una silla de ruedas, la maldita silla de ruedas, porque te sentías débil al caminar. La idea de estar alejados de algún centro médico o algún servicio de primera necesidad me asustaba, pero por otro lado era lo mínimo que podía hacer para que te sientas mejor.

Me levante con la luz del sol sobre la cara, mire el reloj del celular, eran esos días que comienzan a las seis de la mañana, vos dormías, trate de no hacer ruido al levantarme, a decir verdad exagere, podía haber una rave al lado tuyo que no te ibas a despertar, mire por la ventana y vi un hermoso amanecer, el horizonte era celeste claro, más claro que celeste, lo quería compartir, quería acercarme a tu oído y decirte amor hay un regalo maravilloso de la naturaleza, hay que despertarnos, pero mi vista se encontró con un cóctel de fármacos tendido sobre la mesa de luz y lo pensé de vuelta, tenías que descansar, en aproximadas tres horas ibas a abrir tus ojitos por propia voluntad.

En ese momento tuve tres ideas, la primera fue la de quedarme en la cama a tu lado hasta que despiertes, la segunda consistía en salir a caminar tal vez por una o dos horas, con el fin de dejarte tranquila descansando y volver antes de que despiertes, natura me llamaba

entrando por la ventana y la tercera era despertarte de alguna manera para que veas la belleza de ese paisaje.

### Primera mañana

Me quedé en la habitación, cerré los postigos de madera, también corrí las cortinas, la oscuridad y el silencio aumentaron la intensidad. Acostado en la cama, a tu lado, boca arriba con los ojos inconscientemente abiertos, como si pudiera ver una respuesta en la penumbra, imaginé las playas infinitas que no íbamos a recorrer, los pueblos que nunca íbamos a conocer, y todo lo que nos faltaba por hacer, el miedo se vino encima, en general suele remitir a la incertidumbre, ¿pero cuándo hay seguridad como se sigue?

Intente no ser tan pesimista, evite caer en lágrimas al repensar todos los lugares que visitamos, mitad de Argentina, mitad de Uruguay, entonces te abracé, apenas te inmutaste y te acomodaste sobre tus mismos sueños, supongo que se dibujó un hoyuelo en tu mejilla en la oscuridad.

Me quede dormitando a tu lado, sin llegar a dormirme. No sé cuanto tiempo paso, quizás media hora cuando me di cuenta de que algo no iba bien, estabas pasando de caliente a fría, destemplada, por supuesto prendí la luz, te llamé, te sacudí y no te movías, había cierta rigidez en tu cuerpo. Pedí a dios que no te vayas, trate de ver si respirabas, si tenías pulso y te hice respiración boca a boca, llamé en el mientras a urgencias, por último, hice masajes de resucitación sobre tu pecho, pero para todo ya era tarde. Me acosté a tu

lado, te tome la mano, pase una y otra vez la mano por tu anillo, acaricie tu cabello, tu rostro y lloré esperando la ambulancia.

### Segunda mañana

Te escribí una nota en la mesita de luz que decía; “amor, salí a caminar enseguida vuelvo”. Me puse un abrigo, sincronice la alarma del celular para que me avise cuando tenía que volver, te bese en la frente y salí a caminar por la playa.

Claro que al pisar la arena y ver el agua chocar contra la arena pensé en cuando fuimos a las playas de Punta del Este, en esa época era todo tan distinto, hablábamos sobre tener hijos, un cachorro, y hacer algún viaje más, pero solo quedo este viaje...

Me senté con la mirada pérdida observando el horizonte, extraviándome en mi inconsciente, fue como un abrir y cerrar de ojos me había perdido por incontables minutos, y al sonar la alarma que había programado regrese a la casa de la playa.

Llegué con la ilusión de besarte otra vez en la frente, y lo hice, pero al posar mis labios note que estabas helada, no tenías sensibilidad en los músculos, te llamé, te sacudí, pedí a dios que no te vayas, trate de ver si respirabas y te hice respiración boca a boca, llame en el mientras a urgencias, pero para todo ya era tarde. Tome tu mano, y me quede de rodillas al lado de la cama observándote; tus mejillas ya no estaban rosadas, llore esperando la ambulancia, al médico forense.

### Tercera mañana

Acerque mi voz en susurros a tu oído.

—Amor, amor —no te inmutabas, solo tironeaste de la sabana, tapándote más, yo elevé la voz —¡amor, es hora de despertarse!

Nada, absolutamente nada, prendí el velador de la mesita de luz, puse una canción que te gustaba en el celular, “Flores de primavera” e insistí llamándote por todos los sobrenombres que tenías; desde princesa a osita, hasta que balbuceaste:

—Quiero seguir durmiendo.

Entonces mitad de batalla había ganado, y por un rato seguí hablándote, hasta que abriste los ojos y me dijiste.

—Buen día amor.

Te conté sobre la mañana que se asomaba por la ventana, te propuse llevar un mate o un café caliente hasta la playa para observar el mar fundirse con el cielo.

Me dijiste que te alcance la silla de ruedas, la maldita silla de ruedas. Te puse sobre los hombros un edredón y en la silla fuiste hasta el porche, después en mis brazos te aupé y recorrimos cien metros hasta la orilla, donde nos sentamos en un médano. Recostaste tu cabeza en mi hombro, me diste las gracias por haberte despertado, después de un minuto de silencio, te desplomaste, trate de reanimarte, te hice respiración boca a boca, llame en el mientras a emergencia y apoye tu cabeza sobre mis piernas, llore.

Intervalo cuatro: Retazos de vos en una canción

Siento que vibra la tierra cuando alguien canta con pasión, y aunque sé que los compases no llenan los silencios alivian el sin sentido.

Escucho esa canción en que una voz fija en una melodía la dulzura, sobrevuela el desnudo del amor dentro de laboriosos acordes, musicalidad uruguaya.

Acompaña una hermosa letra que parece un consejo materno: “No hay autorrealización en las emociones cortoplacistas”.

Y es tan claro el mensaje, se va uniendo a los bordes de una herida: todo tarda en sanar.

La paz se manifiesta como un jardín de mañana en la lírica, hay sonrisas sutiles llegando en estéreo. Entonces cuando pensé que no iba a volver a sentir la cercanía, un soplo llega hasta mi rostro.

Vivir eras tú, vos, o la simple Vale, pero no estás, y pensarán que soy un idiota que te espera parado bajo el árbol que nos conocimos, si supieran que a quien espero sé que no vendrá. ¿Entonces porque ese idiota espera a alguien que no vendrá?

No es todo tan lineal... Hay otras cercanías. Hay distintas brisas que nos alivian. Cuando me pongo los auriculares y escucho esa canción lo puedo comprender.

## Agradecimientos

Mi gratitud es para los de siempre, aquellos que están en las buenas y en las malas: gracias a Santi, a Licha, a mi familia, y a Marcelo, los amo.

Quiero recordar a los que se fueron como parte de una naturaleza que al respirarla me  
revitaliza.